

CONTIENE

artículos religiosos, de moral, de viajes, de costumbres, de higiene, de economía doméstica, novelas, cuentos, leyendas, anécdotas, poesías, charadas, jeroglíficos, acertijos, logogrifos y noticias diversas.

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes, y consta cada número de ocho páginas.



REPARTE

mensualmente una pieza de música primorosamente litografiada, y en cada número un gran pliego de dibujos para bordar, cuajado de orlas, festones, grecas, escudos, alfabetos, cifras, emblemas y otras caprichosas y variadas fantasías.

Se insertan anuncios á precios convencionales.

LA GUIRNALDA,

PERIÓDICO QUINCENAL, DEDICADO AL BELLO SEXO.

Año I.

Madrid 4.º de Abril de 1867.

Núm. 7.

SUMARIO de este número.—La Cuaresma: II, de D. Antonio María Godró.—Sonrisa y suspiro (Balada), de D. Roman Martín y Bernal.—Nuestra Señora de los Dolores, de D. Vicente Olivares Biec.—Los tres ramos verdes; Leyenda piadosa.—El guardapiés azul, de D. Jerónimo Moran.—La naturaleza: II, de D. V. O. B.—Higiene pública, de D. J. S. C.—Concierto del Sr. Barbieri.—Miscelánea.—Acertijo.—Charada.—Jeroglífico.

LA CUARESMA.

II.

Cada momento que pasa nos aproxima más á los días santos; la majestuosa solemnidad de que la Iglesia se rodea, nos conmueve; su voz se hace oír cada vez más imponente; y los cuadros sublimes que tomados del Evangelio desarrolla á nuestra vista, ora nos estremecen llenándonos de pavor, ora arrebatan el corazón en férvido entusiasmo, ora nos enternecen haciendo correr por nuestro semblante dulces y abundosas lágrimas.

Es que en estos cuadros divinamente inspirados, vive, respira, habla y se realiza, la idea, la palabra, el ser, la vida toda del cristianismo; es que el sentimiento cristiano se nos presenta en el Evangelio, no como la flor en un herbario, seca, descolorida y marchita; sino en todo su vigor, en toda su lozanía, como la rosa en su tallo; reclinada en su lecho de verdura, bajo el mismo sol que matizó su capullo, y á cuyos rayos amantes abrió reconocida su tesoro de perfumes.

En efecto, quién no ha sentido en su alma la admiración más profunda al recordar con la Iglesia aquella máxima incomparable del Salvador: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian?»

¿Y no es cierto que al meditar sobre la Transfiguración, hemos sentido todos acrecentarse en nuestro pecho el deseo de contemplar en todo su esplendor, en toda su gloria, aquel bien sobre todo bien; aquella hermosura, no ya en el Thabor, sino presidiendo el coro de los veinticuatro ancianos, en aquella ciudad que el desterrado de Phatmos columbró en sus proféticos ensueños, y que Chateaubriand nos pinta con su estilo inimitable; aquella ciudad flotante en medio de los astros y los mundos, rodeada con la muralla de jaspe que el discípulo predilecto vió medir por un ángel con una vara de oro, y cuyas doce puertas formadas de otras tantas margaritas están guardadas por doce ángeles, que con corazas de oro, su casco sembrado de esmeraldas, empuñando su escudo, y empuñando flamígera espada, solo permiten entrar á aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero?

¡Oh! sí: ¿quién al subir con la imaginación á la cumbre del Thabor, no ha suspirado como Moisés al morir en la cima del monte Nebo, por aquella tierra de promisión que nos espera al fin de nuestra peregrinación por este desierto, por aquella invisible Jerusalem, adornada como una esposa con las vestiduras nupciales; con sus colgadas galerías de zafiros y diamantes, débilmente imitadas en los jardines de Babilonia; con sus arcos de triunfo formados de las más rutilantes estrellas; con sus pórticos de soles que se entrelazan, prolongándose al infinito, á través del

firmamento; con sus mansos y apacibles ríos que llevan sus ondas al amor puro de Dios; aquella ciudad, en fin, que no há menester sol ni luna, porque la claridad de Dios la alumbraba, y la lámpara de ella es el Cordero?

¿Y quién no ha parado su atención en aquel parálitico de tantos años, que junto á la piscina probática, verdadera imagen de la penitencia, esperaba en vano un hombre que le ayudase, y á quien Jesucristo curó con su potente palabra?

¿Quién al oír aquel grito del ciego de Jericó: *Señor, que vea*, no ha creído escuchar el grito de nuestro siglo, de nuestro mismo siglo, ciego también con la terrible ceguera de la incredulidad, y que ansía una curación que solo la fé puede darle?

¿Quién no admira el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, las sencillas pero sublimes y admirables parábolas del Mesías á la Samaritana junto al pozo de Sichear, á las hermanas de Lázaro con sus distintas inclinaciones, y á la penitente, á la tierna, á la amante Magdalena, vertiendo su pommo de nardo para ungir al Salvador, y destegiendo las crenchas de sus cabellos para enjugar los divinos piés que había regado con sus lágrimas?

¡Oh! ¡Cuán pobre es nuestra palabra! ¡Qué débil nuestra pluma! ¡Qué pálidos los colores de nuestra paleta para acercarnos siquiera al lujo de expresión, de colorido, de pureza y de ternura, que junto con una sencillez inimitable ostenta el Evangelio!

Pero aún esto es nada: falta todavía el cuadro más grandioso, el cuadro final; la pasión y muerte del Dios-Hombre: falta que subamos al Calvario á escuchar aquellas posturas palabras salidas de los labios agonizantes del Crucificado, aquellas siete palabras que son los siete colores del iris de nuestra esperanza, las siete notas de la música divina, á cuyos sacros acordes se obró nuestra redención!

Si se tratara de copiar estas escenas dignamente, nosotros arrojaríamos el pincel, siquiera fuese el que pudo pintar el admirable *Pasmo de Sicilia*: empero se trata solo de bosquejarle, é intentaremos hacerlo en el próximo número.

ANTONIO MARÍA GODRÓ.

SONRISA Y SUSPIRO.

(Balada.)

De lágrimas cubiertas
las flores y las plantas
se mecen adormidas
cuando las besa el céfiro del alba;
y dicen melancólicas:
«¡La aurora avanza!»
—¿Por qué lloran las plantas y las flores,
al puro sonreír de la alborada?

Vuela del nido el ave,
cruza, torna, gorgea,
y loca de alegría
se aturde vagarosa por la selva,
diciendo en sus piadas:
«¡La noche vuela!»

—¿Por qué cantan de júbilo las aves,
al suspirar la noche que se aleja?

Velaba una doncella
contando al blanco lecho
sus ansias virginales,
las caricias de cándidos recuerdos;
y al clarear el día...
¡rindióla el sueño!

—¿Por qué acaba el insomnio de las vírgenes,
al sonreír y suspirar el cielo?

ROMÁN MARTÍN Y BERNAL.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES.

¿Qué doctrina tan admirable la de Aquel que predicó el amor á nuestros enemigos, y divinizó el sufrimiento hasta el punto de lanzar de sus altares los dioses del placer para que nos abrazásemos á la Cruz, símbolo del dolor!

¡El dolor! crisol purísimo en que queda siempre amortiguada la fuerza de las pasiones, que la humanidad, ávida de mayores goces, miraba con espanto: ¿quién había de asegurar que llegaría tiempo en que, no solo robustos manebos y débiles doncellas, sino también tiernos infantes lo habían de mirar con frente alegre y serena, y que aceptarían gustosos los más terribles sufrimientos?

En una época toda de mollicie y sensualidad: ¿quién podía calcular que había de tomarse voluntariamente la vida más miserable y llena de penalidades, y lo que es más, que el mismo martirio sería considerado como un bien que el cielo concedía?

La tierra presenció atónita la vida del Hombre-Dios y la de su Santísima Madre, llenas de continuo sufrimiento, y no pudo menos de escuchar extasiada las palabras del Redentor del mundo, nunca oídas hasta entonces: *Bienaventurados los que lloran*.

Y cuando los hombres abrieron los ojos á la luz y se disiparon las tinieblas en que se hallaban envueltos, comprendieron que la felicidad no es el placer; que la tranquilidad de espíritu no se adquiere siguiendo el ímpetu de desenfrenadas pasiones, y vieron en la mortificación, en el dolor, el bálsamo prodigioso que fortifica y dá valor á la débil naturaleza humana.

Por eso MARÍA, prototipo de la pureza, de la resignación, del amor, es en sus acerbos dolores el *consuelo de los afligidos*; porque si bien inspira confianza su poderosa protección cuando colocada en trono de ángeles la vemos con el Hijo de Dios en sus brazos, al considerarla con el corazón traspasado de punzantes espadas, cobra mayor aliento nuestra fé, se aviva nuestra esperanza, porque en ELLA vemos nuestra Madre, nuestra hermana, una mujer singular y prodigiosa, pero que tuvo nuestra vida, y respiró también la atmósfera de lágrimas de este valle de desconsuelo.

Peró miradla con atención.

Aquella Madre, toda amor para su Hijo, cuyo corazón traspasa un respetable anciano con la más tremenda profecía; que huye de Nazaret para libertarle de la crueldad de

Herodes; que cree haberle perdido para siempre durante tres dias de mortal impaciencia; aquella mujer que vé descargar sobre Él la furia de inhumanos sayones, y ante su vista cae cediendo al peso enorme de la Cruz, que sobre sus hombros lleva; la que escucha los golpes de los que sin piedad le crucifican, y lo contempla abandonado de todos hasta de su Padre celestial; la que en aquellos solemnes momentos no oye de sus amoratados lábios el dulcísimo nombre de Madre, que cambia por el de *mujer*, y despues de haber espirado lo recibe en sus brazos, examinando con desgarradora inquietud una por una las profundas heridas que la crueldad de los hombres habia abierto en aquel santo cuerpo; la que al dejar en el sepulcro el cadáver de su Hijo, encierra en él al mismo tiempo la luz de sus ojos, el embeleso de sus trasportos, la causa de toda su grandeza, quedando, por tanto, en la mayor soledad; esa mujer admirable, esa Madre portentosa, tiene, no obstante, un rostro amoroso, angelical.

MARÍA tenia destrozado, hecho mil pedazos su corazon; no compareis su dolor como Madre de un Hombre-Dios con el de ninguna otra criatura.

Si la naturaleza toda observaba con espanto los crueles tormentos que la ingratitud de los hombres hacia sufrir á Aquel á quien habia visto resucitar los muertos, dar salud al enfermo y vista al ciego; si en el momento de espirar perdió su luz el sol, el cielo su manto azul, y se estremecieron hasta las piedras, ¿qué sucedería en el corazon de aquella Madre que veia morir, rodeado de tanta ignominia á su queridísimo Hijo?

Aquel que, no obstante hallarse crucificado, podia lanzar cien rayos sobre la ciudad deicida; que podia tambien romper las cadenas que sujetaban los vientos y la furia de las tempestades, dejaba escapar de sus lábios tan solo palabras de dulzura que traspasaban más y más el corazon de MARÍA, pidiendo perdon por sus mismos verdugos, á los que declaró sus hermanos en aquel solemne testamento, puesto que les dió, y en ellos á toda la humanidad, su misma Madre.

¿Qué mujer se ha hallado, además, próxima á su Hijo agonizante, le ha oido decir que tenia sed y no ha podido humedecer sus lábios con unas gotas de agua? MARÍA únicamente habia de ser víctima de tan grande desconuelo; ni aún los torrentes de lágrimas que salian de sus hermosos ojos podian llegar á la sacratísima boca de su Hijo, próximo á espirar; y como si no fuera bastante tormento este dolor, tan inhumanos verdugos habian de aprovechar aquella exclamacion del cordero sin mancha, para aplicar á sus abrazadas fáuces una esponja impregnada en hiel y vinagre.

¿Pero qué hace MARÍA? ¿No es la Madre de aquel Hombre tan cruelmente atormentado? ¿Cómo no lanza un ¡ay! que haga estremecer á toda Jerusalem?

¿No era una madre la que sin reparar en el peligro arrebató al leon la presa de su hijo? ¿No lo es tambien la mujer para la que no tiene significado la palabra *sacrificio* cuando ha de recaer en prenda tan querida?

¡Ah! Pero el dolor profundo de MARÍA no encuentra entre sus signos el llanto desgarrador, ni las demostraciones exageradas.

Esa expresion natural para nosotros, hubiera sido una contradiccion en MARÍA que se habia constituido en esclava del Señor, y estaba dispuesta á obedecer sus mandatos, hasta llegar al sacrificio.

MARÍA SANTÍSIMA colocada al pié de la Cruz, deja escapar amargas lágrimas que riegan aquella tierra santificada ya con la sangre de su Hijo; pero aunque está traspasada de dolor, tiene las fuerzas que necesita para seguirle hasta agotar el cáliz de tan amarga pasion.

Acerbos son los dolores que la atormentan; su corazon está desgarrado de pena; no hay consuelo para afliccion tan grande; pero cumple un decreto divino, y por eso, aunque su angustia es cruel, no tiene entrada en ella la desesperacion.

MARÍA sufre inmensamente, pero obedece al mismo tiempo resignada.

Miradla: Ella es el tipo sublime del dolor cristiano.

El que al ser visitado por la desgracia ó el infortunio, solo exclame con Job: *hágase tu voluntad*, aunque al humillar su frente derrame lágrimas de puro sentimiento, no por eso se rebela contra el decreto divino; al contrario, el Redentor del mundo le tuvo presente al ofrecer á los que llorasen, su bienaventuranza eterna.

V. OLIVARES BIEC.

Aprobado por la censura eclesiástica.

LOS TRES RAMOS VERDES.

Leyenda piadosa.

Érase un ermitaño que vivia en un bosque al pié de una montaña, dividiendo su tiempo entre la oracion y la práctica de buenas obras. Todas las tardes emprendia con fatiga, por el amor de Dios, la tarea de llevar dos cántaros de agua desde el pié de la montaña hasta su cúspide, con el fin de regar las plantas y dar de beber á los animales; porque á tan grande altura reinaba un viento de violencia tal, que secaba todas las plantas y ahuyentaba á todas las aves y cuadrúpedos que, buscando un refugio en la montaña para librarse de sus agresores, no encontraban en ella, ni pastos para aplacar su hambre, ni agua para mitigar su sed. Para recompensar su piedad, despues que el ermitaño terminaba su tarea cotidiana, se le aparecia un ángel del Señor, llevándole de comer como al profeta que por orden de Dios fué alimentado por los cuervos.

Habia llegado este humilde siervo del Altísimo en su vida de santo á una edad muy avanzada, sin que vacilase nunca su fé ni se debilitara su caridad, cuando un dia distinguió á lo lejos un misero pecador que llevaban á ajusticiar, y dijo: «Hé ahí uno que vá á ser pagado segun sus méritos.» Aquella noche cuando subió el agua á la montaña no se le apareció el ángel, ni le llevó su alimento de costumbre. Lleno de sobresalto, comenzó á discurrir cómo habia podido faltar ni ofender á Dios, pero no consiguió acertarlo; más persuadido que no debia hallarse exento de culpa, se postró en tierra y estuvo en oracion dia y noche, sin tomar alimento alguno.

Hallábase poco tiempo despues llorando amargamente en la montaña, cuando oyó á un pajarillo lanzar de su pico trinos tan deliciosos, que no pudo menos de decirle: «¡Ay, avecilla feliz,

qué divinamente cantas y qué alegre estás! De seguro que el Señor no se halla enojado contigo. Si tú pudieras, pajarito, decirme en qué le haya yo ofendido, haria penitencia y volveria el contento á mi corazon.» Habló entonces el pájaro y le contestó: «Tú has cometido una accion mala hablando sin compasion de un desgraciado que conducian al suplicio: por esto el Señor está enojado contigo, porque á él solo corresponde el juicio de los hombres. No obstante, si hicieres penitencia y te arrepintieres de tu pecado, te perdonará.»

Tras esto vió el ermitaño al ángel en pié delante de él, con un palo de box seco en la mano derecha, y oyó que le decia: «Llevarás este leño seco hasta que broten en él tres ramas verdes, y durante la noche, mientras duermas, le tendrás debajo de tu cabeza. Cuando le vieres reverdecer será señal de que has vuelto á la gracia del Señor. Entre tanto, tú mendigarás el pan de puerta en puerta y no harás nunca más de una noche bajo un mismo techo: tal es la penitencia que el Señor te impone.»

El ermitaño tomó el leño seco y comenzó á visjar por el mundo que habia olvidado ya desde tan largo tiempo. No vivia de otra cosa que de las limosnas que mendigaba, sufriendo muchas humillaciones, pues á veces ni aun se le escuchaba, cerrándosele todas las puertas, de modo que pasaba algunos dias enteros sin probar siquiera una migaja de pan.

Cierta vez que desde la mañana hasta la puesta del sol habia pedido sin recibir una limosna, no hallando tampoco albergue donde pasar la noche, se entró en un bosque espeso y encontró una sola guarida abierta en una roca. Viendo á la entrada una mujer bastante vieja, la dijo: «Buena anciana, ¿querriais acogerme por esta noche en vuestra vivienda?»

—Bien quisiera, pero no me atrevo, le contestó la vieja; porque tengo tres hijos que son tres bandidos feroces, y si os vieran aqui á su regreso nos matarian á los dos.

—Dejadme entrar, por Dios, repuso el ermitaño: nada os harán, ni á mí tampoco.

La vieja tuvo compasion y le dejó entrar. El anciano errante se acostó bajo la escalera y puso su cabeza sobre el leño seco. La pobre mujer, movida por la curiosidad, le preguntó por qué hacia aquello, y la contestó que mientras cumplia una penitencia el baston debia ser su almohada, porque habia ofendido al Señor diciendo de un pobre miserable á quien llevaban al suplicio, que le pagaban segun sus méritos.

A esto la mujer prorrumpió en llanto exclamando:

—¡Ay! si Dios castiga de ese modo una simple palabra, ¿qué será de mis hijos cuando aparezcan delante de él en el dia del Juicio final?

Cuando empezó á cerrar la noche entraron los bandidos en aquel albergue con grande estrépito. Encendieron una hoguera que alumbró siniestramente toda la estancia, y entonces apercibieron al hombre echado debajo de la escalera, y poseidos de recelo y furor á su vista, regañaron y maltrataron á su madre.

—¿Qué hace aquí ese hombre? ¿no te hemos prohibido recibir á nadie?

—Dejadle, no le hagais daño, respondió la madre: es un pobre pecador, que hace penitencia por sus culpas.

—¿Qué ha hecho, pues? preguntaron los bandoleros movidos por la curiosidad. Vamos, viejo, cuéntanos tus pecados.

El ermitaño se levantó tranquilamente y les refirió cómo por haber ofendido á Dios con una sola palabra, estaba condenado á sufrir una larga expiacion. Los bandidos se conmovieron de tal modo con el sencillo relato de esta historia, que temblaron pensando en su vida pasada, y horrorizados de sus propios hechos, se reconocieron y convirtieron, empezando á hacer penitencia con una verdadera contricion.

Despues de haber convertido á los tres pecadores, el ermitaño tornóse á dormir debajo de la escalera.

Al despuntar el dia siguiente, le encontraron muerto: el leño de box seco colocado bajo su cabeza, tenia tres ramos verdes, señal de que absuelto de sus culpas, habia ido á morar en el seno de Dios.



EL GUARDAPIÉS AZUL.

Llamaban á Inés la rosa más bella de la campiña: pero, ¡ay Dios! que era la niña descuidada y perezosa.

Cuando madre la mandaba tomar la rueca é hilar, hilaba sin replicar, ¡pero de qué modo hilaba!

Fuera lana ó fuera estopa aquello que retorcia, más de la mitad caía sin retorcer en su ropa.

Por fortuna el desperdicio le aprovechaba completo la laboriosa Loreto, jóven puesta á su servicio.

Y con aquellos despojos, de la pereza de Inés, se hizo un lindo guardapiés azul, con listones rojos.

La bella Inés se casaba, dando envidia á las demás; se casaba con un mozo rico, guapo y muy galan.

La víspera de la boda hubo baile en el lugar, y al baile asistió Loreto, y balló mucho y no mal.

Era en extremo graciosa, pero realzaba más aquel guardapiés listado su donaire natural.

Inés, un tanto picada hubo acaso de exclamar: «con lo que yo desperdicio, ¡qué vanidosuela está!»

Del novio esta suelta frase picó la curiosidad:

—«¡Con lo que ella desperdicia!... ¿qué será, qué no será?»

«Por qué dices, Inés, eso? ¡pobre Loreto!... en verdad que no merece esa chica que nadie la trate mal.»

Y entre dimes y diretes, Inés con puntualidad contó la razon del caso al receloso zagal.

Pasaron dos dias, tres,
sin celebrarse la boda:
pagó la semana toda
sin que se casase Inés.

Y fué tan mala su estrella
que al fin su novio discreto
se enamoró de Loreto
y se desposó con ella.

Abrid muchachas los ojos:
escarmentad en Inés,
y aprended del guardapiés
azul, con listones rojos.

JERÓNIMO MORAN.

LA NATURALEZA.

II.

¿Qué es la atmósfera?

No creais, apreciadas lectoras, que hablamos en sentido figurado.

Atmósfera es, en verdad, la de flores y galanteos que os rodea en la calle, en el teatro y en los salones; la de adulacion y lisonja que embriaga al poderoso; la que se ha sabido crear el audaz con anuncios laudatorios de su persona, puestos *con toda imparcialidad* por él mismo, y la que el hombre de bien vé marchar á su lado, y que le hace respetable ante los ojos de los demás.

Sin embargo, para nosotros es atmósfera en la presente ocasion únicamente, una gran masa de gases ó de cuerpos en estado aeriforme que rodea completamente á la Tierra.

La atmósfera puesta en movimiento por el desequilibrio más ó menos grande de las fuerzas que la empujan hácia diferentes lados, es la suave brisa que acaricia vuestro semblante, riza ligeramente las aguas del Océano, trae el perfume aromático de los campos, y ondula caprichosamente las flotantes cintas de vuestros adornos; ó la que, convertida en impetuoso huracan, arranca y troncha los árboles más corpulentos.

La atmósfera, por medio de la resistencia que presenta, sostiene las nubes preñadas de grandes cantidades de agua, haciéndolas recorrer inmensos espacios en alas de los vientos que las conducen de Norte á Sud, ó de Oriente á Poniente.

La atmósfera dá á las aves los puntos de apoyo que necesitan para remontar su vuelo, y permite que el águila llegue casi hasta las mismas estrellas, y que la golondrina recorra el espacio con la rapidez del relámpago. Sin ella, los esfuerzos de aquellas serian inútiles, y no seria explicable la causa porque agitando sus alas habian de sostenerse en el vacío, ni porque dejaban de descender precipitadamente á la tierra las que, despues de haberse remontado inmensamente, permanecen fijas como sin movimiento, con solo extender sus remos voladores.

Si no existiera la atmósfera, seria inconcebible la razon porque se ahuecaban vuestros vestidos cuando en un dia tranquilo y apacible, recorríais, como ligeras corzas, los caprichosos jardines del Parterre, ó los paseos de la Caste-

llana: no sabríamos á qué principios obedecia el globo aereostático que se sostiene en el espacio, y llega á caer cuando vá perdiendo los gases que le sostienen: ni podríamos decir porque ofrece tanta resistencia la forma de los cuerpos para su marcha veloz, y se procura evitar que presenten una grande superficie que dificulte la rapidez de su carrera.

Quitad la atmósfera, y entonces el papel y el plomo descenderán al suelo con igual rapidez. Porque si hoy comprendemos perfectamente, segun el principio de Arquímedes, que la resistencia de la atmósfera tiene que ser más ó menos eficaz, segun el peso de los cuerpos que la atraviesan en relacion con la superficie que presenten, faltando aquella causa no debia existir la diferencia en su descenso, ya que obedecian sin distincion á la ley de su gravedad, que á todos los atrae indistintamente.

El buque, que á pesar de su inmenso cargamento, flota sobre la superficie del mar, y el paracaidas que lanzado desde un globo aereostático descende con gran lentitud, no obstante su grande peso, siguen el mismo principio. Sin la fuerza de las aguas, caeria aquel hasta estrellarse en los abismos del Océano, y el paracaidas, sin la resistencia de la atmósfera, descenderia instantáneamente hasta chocar violentamente con la tierra.

No hay duda, pues, de que existe esa gran capa que rodea á la tierra, y que á ella se deben los fenómenos explicados.

Pero la atmósfera desempeña en la creacion un papel todavía más importante. Sin ella, ó habian de establecerse otras leyes para la vida animal y vegetal,—que todo es posible para el Supremo Hacedor,—ó era inevitable nuestra muerte.

Así como el agua no es un elemento que el pez aprovecha únicamente para sostenerse, sino que en ella encuentra los elementos de vida que necesita; así la atmósfera es el gran Océano indispensable para que, segun las leyes actuales, se cumplan las leyes de la creacion.

El gas *oxígeno*, principio indispensable para la vida y la combustion: el *ázo*, moderador de la accion demasiado enérgica de aquel, y el *ácido carbónico*, producto principal de la respiracion de los animales y de la combustion ordinaria, son los elementos principales de la atmósfera en que vivimos y los que desempeñan más importante papel. Porque si bien existe siempre flotante una cantidad más ó menos considerable de vapor acuoso y algunos otros varios gases, pueden considerarse ya como simples emanaciones del suelo, ya como cuerpos formados por la combinacion de los simples bajo la influencia del calor, de la electricidad ú otras fuerzas naturales.

Y es esto tan exacto, que en el momento en que falta la proporción que debe existir entre estos gases ó elementos de la atmósfera, se hace imposible la vida.

Si predomina el *ázo*, el *ácido carbónico* ú otro gas sobre el oxígeno, la asfixia es inevitable y por consecuencia de ella la muerte; y tambien habríais concluido con vuestra naturaleza, serian imposibles las funciones tranquilas de la respiracion, si viviérais en una atmósfera de oxígeno únicamente.

Esa atmósfera que encontrais tan cargada en ciertos lugares de mucha concurrencia ó en puntos poco ventilados, no procede de otra causa sino de que se han desequilibrado los gases de que se compone, predominando quizás el carbono, que en tan grande escala elabora la respiracion de los animales.

Por el contrario, el aire que parece ensanchar nuestro pecho en las casas de campo ó en los puntos próximos á los jardines, es ciertamente más puro, porque las plantas, en sus funciones vegetales, se apropian el carbono y despiden el oxígeno tan esencial para la vida animal.

V. O. B.

HIGIENE PÚBLICA.

CASAS.

Conveniencia de las asociaciones para facilitar albergue saludable á las clases jornaleras y menesterosas.

La casa es la primera necesidad de la familia. En la casa mora el hombre más de los dos tercios del tiempo que permanece en este suelo; la casa le atrae en la expansiva felicidad; busca en la casa lenitivo á sus aflicciones, y la casa, en fin, le procura el dulce recogimiento que demandan las necesidades de su existencia.

Bajo dos puntos de vista considera la higiene estas localidades, el uno concerniente á la individualidad, y el otro al agrupamiento que llega á constituir poblacion. Cuanto comprende el último concepto, corresponde á la *higiene pública*; por tanto á la administracion, que es la encargada, en sus relaciones con los asociados, de subvenir á las necesidades públicas, incumbe *ver y proveer* en la materia.

Pero la autoridad, aun deseándolo con ávida solicitud, es muchas veces impotente para obrar el bien en este sentido, no tanto por el gran cúmulo de atenciones diversas que absorben su atencion, sino por otra infinidad de concausas que serian rémora de su marcha por más resueltamente que intentase emprenderla. Así, pues, las asociaciones benéficas que tiendan á tan laudable objeto, removiendo obstáculos, y creando recursos, podrán desde luego tomar la iniciativa con esperanza de resultados más positivos, pero sin renunciar por eso á los auxilios convenientes de la administracion.

Las necesidades que motivan las presentes líneas las vemos aumentarse cada día con los peligros inherentes á su carácter, en medio del fastuoso bienestar que disfrutan las clases acomodadas.

Sí, preciso es ya decirlo en todos los tonos para que todos procuremos el remedio; la córte y otras poblaciones grandes de la Peninsula rinden á la muerte un tributo relativamente mayor que el de otras ciudades populosas del extranjero, y esto sucede porque irradia de continuo desde las clases menesterosas á las ricas y acomodadas el *tifus epidémico*, el cual lleva causadas más víctimas á España que las tres invasiones coléricas multiplicadas por ciento.

Testigos perennes de los sufrimientos de las clases pobres, agobiadas por males provenientes de las influencias nocivas que les asedian en sus moféticos tugurios, vemos frecuentemente con dolor, engendrarse los vicios y el crimen en infortunios ocasionados por una série de males que originan, sobre todo, las péximas condiciones de alojamiento.

El bienestar doméstico suaviza las costumbres, y mal puede contarse con él donde las viviendas son desabrigadas ó asfixiantes, sin condiciones de aseo, porque su misma asquerosidad no le permite.

Cuando el mal tiene tan hondas raíces, no basta la caridad legal para su extirpacion. Reunáanse, pues, para tan interesante objeto las personas de buena voluntad, y verán como el bien que proporcionen á sus semejantes desvalidos, viene á refluir en provecho propio, y en ventaja comun.

A diferencia de otros países, la caridad legal hállase en España felizmente combinada y en pleno ejercicio con la caridad privada; y de tal modo obran y así se extienden y ayudan, que difícilmente las calamidades públicas, por infaustas y extensas que sean, sorprenderán al país, sin que, esas dos providencias de las naciones hallen oportunamente en la esfera de su accion respectiva, medios hábiles y suficientes que oponer á su temible desarrollo.

Infinitas son las asociaciones que organizadas de diferente manera prestan interesantes servicios al desvalido y al huérfano, á la doncella virtuosa y á la senectud inválida. Todas tienen por objeto hacer de la pobreza virtud, y ofrecer á la virtud su recompensa. A ella, al blando sentimiento que mueve la voluntad de esos géneos benéficos, á las personas caritativas, en fin, nos dirigimos nosotros en nombre de las clases obreras y menesterosas que, dentro de las poblaciones grandes, viven languidecidas por la humedad y la falta de luz solar en míseros albergues, mil veces peores que la cueva en que mora el abisinio; en nombre de tantos infelices, consumidos por las fiebres éticas en sotañancos y bohardillas, á setenta y ochenta pies sobre el nivel de la via pública, hacinados en cuartos interiores, y envenenados lentamente por los nauseahundidos vapores que embargan su respiracion.

En favor de estas familias, cuya degeneracion física vendrá necesariamente á empobrecer la raza de los grandes pueblos; mejor dicho, en obsequio de toda la sociedad en general, en beneficio de la salud pública, porque los males físicos arraigados tardan poco en traducirse en enfermedades pandémicas (populares), pedimos el concurso de las gentes de buena voluntad para empresa tan laudatoria.

Donde tantos y tan elevados ejemplos de abnegacion y desinterés cuentan los anales de la beneficencia, ¿faltará una alma noble que, á imitacion de lord Ashley, instituya una sociedad con el fin de construir casas-modelos para las clases pobres? Lóndres, Edimburgo, Bah y otras ciudades de Inglaterra, deben á este magnate humanitario y casi á toda la grandeza de aquel país, que los jornaleros tengan casitas salubres por 30 rs. mensuales de alquiler. En Prusia, dentro tambien de los grandes centros, otras sociedades han construido, bajo idénticas bases, ciudades obreras.

Ducpetiaux, en Bélgica, ha logrado acumular capitales para el mismo objeto; en Holanda, merced á la iniciativa de las damas, existen en casi todos los puntos importantes sociedades destinadas á construir barrios higiénicos para la gente de mar; y en Francia, en fin, desde 1848, ni por un momento se ha suspendido el pensamiento de mejorar las condiciones de las clases industriales.

Algo ha querido intentarse en Madrid con el propio objeto, pero este *algo* emprendido con un fin exclusivo de especulacion, se halla muy lejos de corresponder á las elevadas miras con que deben acometerse estas obras, y sobre todo á los intereses de la salubridad en general.

Los esfuerzos de un hombre solo, por opulento que sea, no bastan á la humanitaria empresa de sacar de las habitaciones insalubres, que en Madrid pasan de 60,000, otras tantas familias albergadas en esos focos repugnantes y mortíferos. Esta empresa filantrópica, y por consiguiente la de procurar casitas pequeñas de un solo piso, dispuestas en pequeños barrios, y cuyo alquiler módico le puedan sobrellevar hasta las familias más pobres, que viven, sin embargo, de su trabajo, debe acometerla la asociacion de las clases acomodadas, y si á la realizacion de esta idea con-

tribuye el bello sexo con su poderosa persuasiva, mucho llevará adelantado para su más breve planteamiento.

Dichosos nosotros si iniciando el pensamiento despertamos en alguno de nuestros lectores el sentimiento que á lord Ashley le ha valido la mejor de todas las reputaciones que el hombre puede ambicionar, la de *bienhechor paternal de las clases necesitadas*.

J. S. C.

CONCIERTO DEL SEÑOR BARBIERI.

El circo del Príncipe Alfonso sigue atrayendo, los días en que se celebran estas fiestas, un público tan numeroso como escogido.

Es verdad que, cada concierto que se celebra, es un nuevo triunfo para los artistas, y proporciona un rato delicioso á los que, como por asalto, tomamos asiento en aquellas localidades, ó nos establecemos en algún punto de lo que irónicamente se llama *paseo*, ya que en ninguna parte, menos que en él, se puede dar ni un solo paso siquiera.

El público de Madrid está dando una gran prueba de sensatez y buen gusto, al premiar los esfuerzos del Sr. Barbieri y de los profesores de la orquesta y coros, pues no pequeños se necesitan para ejecutar las piezas más difíciles con la precisión que las oímos. Porque no es defecto el que se escape alguna vez el patillo del timbalero, ó que las trompas y los clarines hagan de las suyas, ya que la igualdad imperturbable en la ejecución de una obra, será distintivo de las cajas de música, y toda clase de máquinas, más no de las grandes masas corales ó instrumentales, por lo mismo que cada voz, cada sonido, son producidos por una persona diferente.

Decimos esto haciéndonos cargo de algunas demostraciones, sin justificar, que hemos extrañado en ciertas ocasiones, por lo mismo que es público inteligente el que asiste á este espectáculo. La persona que acude á esos conciertos debe saber, por lo que escucha, que ninguna de las piezas que se ejecutan figura en el programa sin que haya sido ensayada hasta la saciedad, y que si cae por desgracia algún pequeño lunar, ha sido resultado de un percance á todas luces imprevisto, y al que todos estamos expuestos, y mucho más una orquesta tan fatigada de trabajo, y á la que, abusando además de su amabilidad, se le hacen repetir cinco ó seis piezas en una misma tarde.

No hay que añadir, sin embargo, á lo ya dicho en nuestro número anterior, que Mercadante, Thómas, Meyerbeer, Beethoven, Haydn, Mozart; continúan entusiasmado muy justamente al público hasta un punto inexplicable.

¿Y cómo había de suceder otra cosa tratándose de maestros tan reputados, y que han dejado en sus obras, y en especial los tres últimos, tesoros de inmensa riqueza en la melodía y en la instrumentación?

No se diga ya, pues, que no es filarmónica nuestra organización: no se asegure que no es para nosotros la música que se llama alemana. Nos faltaba educación; se había estragado nuestro gusto; se habían debilitado en este punto nuestras fuerzas intelectuales, y no podíamos comprender la música que no fuera muy superficial.

El Sr. Barbieri, que es un artista en toda la extensión de la palabra, habrá conocido que al establecer estos conciertos, y ver el favor que el público les dispensa; no solo proporciona una ocupación más á los profesores que rige, y un pasatiempo agradable á la concurrencia que asiste, sino que está favoreciendo un cambio que pronto se ha de conocer en nuestros profesores y aficionados.

Es imposible que esos torrentes de armonía y buen gusto, dejen estéril el campo de nuestras inteligencias, y que no veamos confirmado en la música lo que en todas las cosas es regla general.

¿Quién duda que las buenas compañías moralizan; que el trato con personas de saber, enseña; y que del hombre más incivil, saca partido una educación esmerada?

Si cuando hayan podido dar su fruto estos inolvidables gimnasios no tenemos la fortuna de ver que salen de su esfera algunos maestros que, hasta hoy, nada formal nos han dado á conocer, se habrá marchitado una gran parte de las ilusiones que hemos formado al observar la constancia en los profesores y en los aficionados, porque se arraigue en nosotros la música buena, sea cual fuere el punto de que se trage.

No concluiremos estas cortas líneas, sin exhortar al Sr. Barbieri á que siga con constancia el camino que ha emprendido con tanta gloria, sin desmayar á la vista de las dificultades que se le puedan presentar.

De su batuta pende, por ahora al menos, el que nuestros compositores se estacionen en sus coplas, polkas y habaneras, ó que sigan el camino iniciado ya por el autor del precioso motete *Versa est in luctum*, que la traducción del nombre alemán á quien se atribuye, llama Maestro Ajenjo, y que la fama pública designa con el nombre de Asenjo Barbieri.

MISCELÁNEA.

Deseando demostrar el interés que nos inspiran las señoras maestras de niñas, á las que debe LA GUIRNALDA tan señaladas distinciones, desde el próximo número procuraremos dar algunas noticias de los colegios que creamos dignos de una mención especial, con lo cual haremos á nuestro entender, un servicio que quizás nos agradezcan algunas madres de familias, ya que como es natural, tanta desconfianza les inspira el encargar la educación de sus hijas, á personas cuyos antecedentes desconocen.

Entre las novedades de salón, pertenecientes á la última quincena, debemos consagrar un recuerdo al inolvidable concierto dado á sus numerosos amigos por los Sres. de Gosálvez, en su elegante domicilio de la Puerta del Sol, la noche del 19 último.

Sería una omisión imperdonable en LA GUIRNALDA, no dejar consignada en sus páginas una fiesta musical en que, la parte de canto, estuvo exclusivamente encomendada al sexo hermoso.

Lucieron en tan agradable reunión su indisputable mérito las bellas señoritas de la casa, Josefa, María y Matilde, interpretando con tanto gusto como afinación un precioso dúo, la primera romanza de *La Africana*, y el melodioso nocturno *Victoria*. Del propio modo cautivaron la atención de la escogida concurrencia, las distinguidas señoritas de Puchol y de Güell en las sentidas romanzas que cantaron.

La parte coral bien puede decirse que representaba á la vista un engarce de perlas, porque no puede hallarse un simil más gráfico de aquel numeroso y poético grupo de lindas y elegantes jóvenes, que entonaron con delicioso acento y precisión artística un coro de *Orasi e Curiasi*, y otro titulado *La Primavera*.

Ejecutáronse además en el piano piezas primorosas por las simpáticas señoritas de Loredo, Perez, Gosálvez, Borja y Huet; y la distinguida señora de Ahumada tocó en el órgano expresivo una fantasía de *Guillermo Tell*, con aquella delicadeza y maestría tan ensalzadas como conocidas en los círculos elegantes de Madrid.

La fiesta, que se prolongó hasta las cuatro de la madrugada, terminó con un baile, improvisado pero previsto; y los concurrentes, agasajados además con profusión de helados, pastas y dulces, se despidieron encantados de la finísima solicitud con que la señora viuda de Gosálvez obsequió á todos, deseando la repetición de otra velada tan deliciosa como la de la noche de San José.

La noche del jueves se presentó en el teatro Real, por primera vez en la presente temporada, el distinguido tenor Sr. Tamberlik, que fué saludado al aparecer en la escena, con una continuada salva de aplausos, tan general como afectuosa.

Pocas veces hemos oído ejecutar *Guillermo Tell* tan admirablemente: es verdad, que además de que la Sra. Nautier, que también se presentaba por primera vez, estuvo tan acertada como siempre lo está en esta ópera; tanto Bonnehée, que cada vez nos parece mejor artista, como Medini, liéxaron perfectamente sus papeles.

El teatro estaba brillantísimo. SS. MM. y AA. honraron la representación hasta que terminó la ópera.
Saludamos con toda la efusión de nuestro entusiasmo al rey de los tenores Tamberlik, y deseamos que la Sra. Nantier se halla siempre tan inspirada y feliz como la noche á que nos referimos.

Si nuestras suscriptoras quieren saber las telas de que podrán hacerse los trajes que señala el figurin que acompaña á este número, pueden visitar la tienda de la Sra. Peral, Puerta del Sol, número 1, y en sus escaparates y estanterías verán los cortes de vestidos que las elegantes damas de la coronada villa lucirán sin duda en la próxima Semana Santa.

ACERTIJO.

¿De qué modo formareis escogiendo enatro letras, dos sílabas que os indiquen dos cosas harío diversas: una objeto geográfico y liquido por más señas; y otro adorno que las damas usais con mucha frecuencia, sin que corresponda al cuerpo ni tampoco pertenezca á las faldas, á las manos, á los pies, ni á la cabeza? Luisa, Rosario, Matilde ¿cuál de vosotras lo acierta?

La solución en el próximo número.

CHARADA.

Con la primera te mando,
con la segunda te ordeno,
con la tercera te indico,
y con el todo te obsequio.

Solución á la anterior: Ceniza.

JEROGLÍFICO.



Solución al anterior:

Amor de ventana
más pierde que gana.

Explicacion de los dibujos del pliego que acompaña á este número.

- Figurin de trajes y peinados.
Núm. 19. Centro, figurin de trajes para niñas.
Lola, Alejandra, Carolina, C. H. y D. Y. Litografía.
T. F. A. X. Alberto y Graciliana. Realce.
Núm. 20. Nuestra Señora de los Dolores. M. N. C.
C. A. A. S. D. D. Dolores. Litografía.
Cármen, F. J. A. P. E. D. M. M. Realce.

CRISTINA RUIZ DE MUA.

CORRESPONDENCIA DE LA GUIRNALDA.

- Sra. Doña I. H. Santa Cruz de Tenerife. Quedará V. servida.
» » C. R. Valladolid. Abonado el trimestre: se complacerá á V.
» » S. P. Salamanca. Recibida la libranza: abonado el trimestre.
» » A. C. Idem. id. id.
» » F. P. Idem. id. id.
» » C. R. Idem. id. id.
Señor Don J. R. P. Olot. Se sirvió y escribió á V.
» » B. E. Santiago. Recibida la letra.
» » P. M. Pamplona. Recibidos los sellos: abonado el trimestre.
» » B. M. H. Cáceres. Enterado.
» » C. C. Albacete. Queda V. complacido.
» » E. C. Caspe. Queda V. servido y se escribe.
» » J. M. T. Molina. Recibidos los sellos: abonado el trimestre.

ADVERTENCIAS.

Rogamos á nuestras suscriptoras de provincias que no hubiesen renovado la suscripción ó participado su deseo de continuarla, se sirvan hacerlo á la posible brevedad.

Discurriendo acerca de los medios con que podríamos corresponder á la grande aceptación que LA GUIRNALDA ha merecido del bello sexo, y deseando hacer patente de una manera positiva nuestra gratitud á todas sus favorecedoras, hemos dispuesto que se admitan en esta administración, en el intervalo de un número á otro, todas las telas que nos envíen nuestras suscriptoras, con objeto de pasar á ellas el dibujo que nos hubiesen encargado, ó que les conviniera de los que se publican, lo cual les ahorrará tiempo y dinero, y les facilitará grandemente el trabajo del bordado.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL, DEDICADO AL BELLO SEXO.

Administración, Jacometrezo, 7 y 9, tercero, derecha.

La suscripción se hace por adelantado; en Madrid, avisando á esta administración por el correo interior, ó por cualquier otro medio, y en provincias, por libranzas de fácil cobro ó sellos de correo, ó por medio de los correspondientes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid.	Mes	4 rs.	Trimestre	12	Año	48
Provincias.			id.	14		50
Extranjero y Ultramar.			id.	20		80
	Números sueltos		{ con música.	rs.		8
			{ sin ella.			4
	Piezas de música.					4

Se insertan anuncios á precios convencionales.

Por todo lo no firmado, el editor responsable, D. BLAS BERNAL.

MADRID: 1867.— Estab. tip. de ROLDAN, Sacramento, 5.